

Homenaje a Luis Vázquez de Parga

MARÍA ÁNGELES MEZQUÍRIZ IRUJO

El 29 de abril de 2009 se celebró en la Residencia de Estudiantes de Madrid un homenaje en recuerdo de Luis Vázquez de Parga, con motivo de su centenario. Participaron la Directora de la Residencia, Alicia Gómez-Navarro; el Director de la Real Academia de la Historia, Gonzalo Anes, y los profesores Antonio Bonet Correa, Álvaro Martínez Novillo, Juan Manuel Bonet, su hija Marietta Vázquez de Parga y yo misma. Los textos de las intervenciones se han publicado en el nº 76 del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*.

Un año después parece adecuado sumarnos a dicho homenaje en nuestra revista, *Trabajos de Arqueología Navarra*, como reconocimiento a su dedicación, en los veranos desde 1942 a 1955, a la investigación arqueológica en nuestra tierra. Recogeré también mi perspectiva personal.

Luis Vázquez de Parga nació en Madrid en 1908, aunque por sus orígenes lucenses mantuvo permanente relación con Galicia durante toda su vida. Estudiante excepcional, en 1927, con tan sólo 19 años, se licenció en Filosofía y Letras, con Premio Extraordinario. Fue discípulo predilecto de don Claudio Sánchez Albornoz, con quien mantuvo correspondencia constante durante su exilio en Buenos Aires. En 1930 ingreso en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, ocupando una plaza en el Museo Arqueológico Nacional, donde accedió a diversos cargos, llegando a ser Director del mismo. En 1967 pidió traslado a la Biblioteca Nacional, ocupando el puesto de Jefe de la Sección de Manuscritos, hasta su jubilación en 1978. Allí fue donde descubrió un manuscrito de Leonardo da Vinci, inédito. En 1973 fue elegido Miembro de la Real Academia de la Historia, desempeñando los cargos de Secretario y Anticuario Perpetuo.

El profesor Juan Gil escribió a raíz de su muerte: “en él se combinaban de manera eminente saberes y técnicas difíciles de encontrar en una sola persona: la Arqueología, la Historia del Arte y la Museística”. También lo definía como “parco en palabras pero grande en afecto y sabiduría”. Juan Ramón Jiménez dijo de él que “era callado y siempre remiso a los reconocimientos”.

Su hija Marietta señalaba como su virtud fundamente la humildad. A este respecto quiero recordar que desde 1942 era titular del Condado de Pallarés, que nunca ostentó. Su familia procedía de Lugo, donde se encuentra el palacio barroco con el blasón de este título de nobleza.

Vázquez de Parga era una persona de reconocido prestigio internacional. Recibió condecoraciones de los gobiernos de Francia y de Alemania. Hablaba latín, francés, inglés y alemán. Su obra, verdaderamente magistral, es muy extensa. En Navarra, además de las investigaciones arqueológicas, estudió los capiteles historiados románicos y destacadas obras góticas de la catedral de Pamplona y de Roncesvalles. Como gran latinista publicó textos esenciales sobre la Historia y el Pensamiento español. Junto a su esposa, la gran paleógrafa Consuelo Fernández del Arroyo, era capaz de leer e interpretar los manuscritos más difíciles que permanecían inéditos. Su obra magna, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, redactada en 1947 junto a su fraternal amigo José María Lacarra y Juan Uría Rúa, sigue siendo fundamental para el estudio de las peregrinaciones. Este libro tuvo como origen una peregrinación realizada partiendo de Roncesvalles, junto a José M^a Lacarra, en el verano de 1932. En 1993 recibió un homenaje en la solemne clausura del Congreso Internacional de Cluny y el Camino de Santiago en los siglos X y XI, en la basílica de San Isidoro de León.

Mi visión personal sobre Luis Vázquez de Parga la traté de reflejar en la intervención que hice en el homenaje celebrado hace un año, centrada en la dedicación de don Luis a la arqueología navarra, que transcribo a continuación:

“Las cualidades de Vázquez de Parga, tanto científicas como humanas, han dejado huella en los que, en diversos momentos y situaciones de nuestra vida, tuvimos el privilegio de conocerle. Voy a tratar de rendirle un humilde homenaje, recordando su decisiva contribución a la investigación arqueológica en Navarra, por la que todos los navarros tenemos contraída una deuda impagable.

El interés en Navarra por los restos arqueológicos comenzó, de un modo sistemático, con la recogida de hallazgos casuales por parte de la Comisión de Monumentos, en cuyo *Boletín* fueron publicados. Podemos decir que los primeros trabajos los realizaron Telesforo de Aranzadi, José Miguel de Barandiarán y Enrique de Eguren, entre 1913 y 1935, que consistieron en el estudio de las zonas dolménicas, localizando además los grabados paleolíticos de la Cueva de Alquerdi. También a esta época corresponde la aportación de Julio Altadill con su estudio titulado *De re geographico-historica. Vías y vestigios romanos en Navarra*, lleno de interesantes noticias, aunque algunas interpretaciones no puedan hoy ser aceptadas. Finalmente, el Padre Escalada realizó una infatigable búsqueda de restos arqueológicos en la zona de Javier y publicó un trabajo titulado *La arqueología en la villa de Javier*.

Con estos escasos antecedentes, después de la interrupción de la guerra civil, la Diputación Foral de Navarra creó en 1940 la Institución Príncipe de Viana y su revista, cuyo primer número apareció en diciembre del mismo año, encauzando buena parte de la investigación arqueológica que se llevaría a cabo posteriormente. Su primer Secretario General fue José María Lacarra, entrañable amigo de Vázquez de Parga, hasta el punto de vivir en su casa de Madrid durante la guerra civil. José María Lacarra dejó la Institución Príncipe de Viana al sacar la cátedra de Historia Medieval de la Universidad de Zaragoza, donde yo tuve la fortuna de tenerlo como uno de mis mejores profesores.



Excavaciones en la *villa* romana de Liédena



Excavaciones en Liédena. Al fondo, la foz de Lumbier

En la Secretaría de la Institución le sustituyó José Esteban Uranga, quien encargó los primeros trabajos arqueológicos al Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, bajo la dirección de Cayetano de Mergelina, que redactó una cartilla de divulgación arqueológica, ampliamente difundida con el propósito, en palabras del autor, “de formar una conciencia ciudadana sobre aspectos de tan especial interés”.

Poco después se estructuró el Servicio de Excavaciones, del que se hicieron cargo, en 1942, Blas Taracena y Luis Vázquez de Parga, director y subdirector, respectivamente, del Museo Arqueológico Nacional. Indudablemente fue un gran acierto de Uranga conseguir esta importante colaboración. Este mismo año excavaron el Castejón de Arguedas y publicaron los resultados al año siguiente en la revista *Príncipe de Viana*. En 1943 efectuaron la revisión de varios hallazgos y el control de cuatro poblados inéditos en el término de Echauri, publicándolos en 1945. En 1946 excavaron el Castillar de Javier y en la Peña del Saco de Fitero, que publicaron ese mismo año. En el espacio de cinco años revisaron una zona totalmente desconocida hasta entonces, la Navarra Media y la Ribera, con una serie de hallazgos importantes de la Edad del Hierro. En 1947 iniciaron la excavación del Cerro de la Cruz, en Cortes de Navarra, que había sido descubierto casualmente. Se trata de un yacimiento de gran importancia, tanto nacional como internacional, para la época protohistórica. Realizaron campañas en 1948, 1949 y 1950. Desgraciadamente, Taracena enfermó en otoño de este último año y falleció unos meses después.

En cuanto a su actividad en yacimientos romanos, siguiendo las notas del Padre Escalada, Taracena y Vázquez de Parga abordaron la excavación de los casquilletos de San Juan de Gallipienzo, donde descubrieron un gran monumento funerario. En 1942 realizaron unas catas de comprobación en el lugar del hallazgo del mosaico de las Musas, del que unas partes se conservaban en el Museo Arqueológico Nacional y otras en Pamplona. En 1945 todo ello fue reunido en Madrid, procediéndose a su reconstrucción y estudio, realizado por Augusto Fernández de Avilés.

La *villa* romana de Liédena constituyó una de las excavaciones más importantes de esta época. Se halla situada junto al río Irati, frente al bello panorama de la foz de Lumbier. Entre 1942 y 1948 se realizaron campañas anualmente, dando a conocer una explotación rural de la zona prepirenaica, cuya actividad abarca desde el siglo I a los siglos V-VI d. C. Fue una de las primeras *villae* romanas excavadas en España en su totalidad y publicada seguidamente. Hasta hoy es un referente obligado sobre el poblamiento rural romano.

En esta misma línea de investigación, hay que recordar la excavación de la *villa* del Ramalete en Tudela. Taracena no pudo terminar su publicación, y hubo de hacerlo Vázquez de Parga. También hicieron una campaña de excavación en la ciudad romana de Andelo, que no se publicó.

Taracena y Vázquez de Parga, además de los trabajos citados, realizaron una puesta al día sobre las fuentes literarias antiguas referidas a nuestro territorio y la epigrafía conservada, que fue publicado como “Romanización y epigrafía romana en Navarra”, en la serie *Excavaciones en Navarra*, volumen I, 1947. En él sentaron las bases para cuantos nos hemos ocupado de estudiar los diferentes aspectos de la herencia de Roma en Navarra. En la misma serie se han seguido publicando monografías hasta 1977, fecha en que creamos la nueva revista arqueológica, que hoy nos acoge.



Luis Vázquez de Parga en la *villa* romana de Liédena



Luis Vázquez de Parga en la excavación de Liédena

A la muerte de Taracena continuó dirigiendo el Servicio de Excavaciones Luis Vázquez de Parga. Excavó la necrópolis de la Atalaya de Cortes de Navarra, y con motivo del arreglo de la carretera transpirenaica, en el Alto de Ibañeta (*Summo Pyreneo*) realizó unas catas recuperando un ara romana, fragmentaria, dedicada al dios SOL INVICTO y numerosos fragmentos de cerámica romana. Todo ello significó una evidencia sobre el lugar de paso de la calzada romana nº 34 del Itinerario de Antonino, *De Hispania in Aquitania ab Asturica Tarracone*.

Para entonces don Luis había mostrado su deseo de quedarse exclusivamente en Madrid, donde le esperaban importantes tareas profesionales. Publicó la necrópolis de la Atalaya junto con Juan Maluquer de Motes, entonces catedrático de Salamanca, quien finalmente le sustituyó en la dirección de las Excavaciones en Navarra.

A la última etapa corresponde mi incorporación al Museo de Navarra. Me encontraba en Tyndaris, ciudad romana situada al norte de Sicilia, trabajando junto a arqueólogos de la Universidad de Roma, cuando recibí una carta de don Luis, que había tenido noticias de una arqueóloga navarra que estaba en Italia, pidiéndome que al volver a casa me pusiera en contacto con él, porque necesitaba una persona que se ocupase de los materiales arqueológicos recuperados en las numerosas excavaciones realizadas. No olvidaré nunca la alegría que me dio esa carta, ya que en aquel momento mi futuro profesional era toda una incógnita.

Una vez en Pamplona, en junio de 1952, me puse en contacto con don Luis, que vino a Navarra y me llevó a conocer los yacimientos más importantes excavados, proponiendo a Uranga que fuera yo misma la encargada de sistematizar los restos arqueológicos depositados en el edificio del actual Museo de Navarra, que entonces se hallaba en obras, con numerosos obreros pululando por allí, elementos de construcción, etc., que ponían en peligro los restos de cultura material por el riesgo de ser dispersados o perdidos.

Por otra parte me confió la publicación de los materiales de Liédena, Ramalete y Andiñón, para lo que me regaló sus cuadernos de campo. ¿Qué más podía desear que trabajar en lo que me gustaba y en mi tierra? Sin embargo, la solución administrativa no era fácil. Hay que pensar en los prejuicios de mediados del siglo pasado en provincias. En la Administración Foral no trabajaba ni una sola mujer, y don Luis debió implicarse muy personalmente, logrando vencer todas las dificultades y reticencias para que pudiera comenzar a trabajar con una beca.

Por eso, cuando Margarita Vázquez de Parga me llamó para contarme que se estaba preparando un homenaje y proponerme participar, sentí la gran alegría de poder unirme y, así, aportar mi testimonio de admiración, cariño y gratitud a su padre.

Recordaré siempre el afecto de don Luis, discreto, y el de Consuelo, con su extraordinaria simpatía. Al poco de conocerme, me recibieron en su casa de El Viso y pude estar con sus hijos, que entonces eran unos niños. Por cierto que, al hilo de esta conmemoración, he recapacitado y me he dado cuenta de que Vázquez de Parga era muy joven cuando nos conocimos. A mí, con 23 años, me pareció un señor mayor muy sabio y respetable, cuando en realidad tenía 43 años.

Estoy segura de que, con su larga trayectoria, don Luis ha influido en la vida de muchas personas, pero dudo que en alguien tanto como en mí. A él tengo que agradecer los más de cuarenta años en la Dirección del Museo de Navarra, en los que he podido trabajar, estudiar, publicar y disfrutar haciendo lo que más me gusta. A él debo haber podido desarrollar mi vida profesional en Pamplona. Sin don Luis Vázquez de Parga, sin duda, no sería la persona que soy. Gracias don Luis”.